

Huérfanos de la Creación

*Contacto con el pasado
de la humanidad*

Roger MacBride Allen

Traducción de Xavier Riesco



Título original: *Orphan of Creation*
© 1988, by Roger MacBride Allen

Primera edición: febrero de 2007

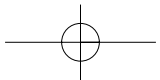
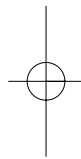
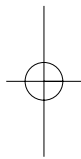
© de la traducción: Xavier Riesco
© de esta edición: Libros del Atril S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona

Impreso por Puresa, S.A.
Girona, 206
Sabadell (Barcelona)

ISBN 10: 84-96575-34-9
ISBN 13: 978-84-96575-34-9
Depósito Legal: B. 1.383-2007

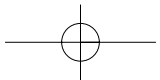
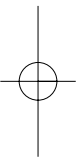
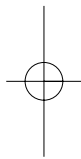
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Dedicatoria:
A Harry Turtledove,
víctima también de la incitación a la ficción.*



Supongamos... que una o varias especies de nuestro género ancestral *Australopithecus* haya sobrevivido; un escenario perfectamente razonable, en teoría... Nosotros, es decir, el *Homo sapiens*, hubiéramos tenido que enfrentarnos a todos los dilemas morales que implica el tratar con una especie humana dotada de una capacidad mental claramente inferior. ¿Qué hubiéramos hecho con ellos? ¿Esclavizarlos? ¿Exterminarlos? ¿Coexistir con ellos? ¿Convertirlos en trabajadores domésticos? ¿Meterlos en reservas? ¿En zoológicos?

STEPHEN JAY GOULD
La falsa medida del hombre



Caminaba entre los surcos del campo quemado, y hacía crujir los restos carbonizados bajo sus pies desnudos. El fuego estuvo aquí; los hombres lo trajeron deliberadamente para limpiar el bosque y crear un campo para cultivar sus cosechas. Ya habían plantado, y ya habían llegado las lluvias, y ahora el campo era un áspero mar de légamo endurecido por el calor y de carbón que se disolvía. La tierra hosca humeaba visiblemente bajo la humedad coagulada del cálido día, convirtiendo el campo en un lúgubre espacio de neblinas que se enroscaban bajo un cielo gris acerado. No todo era adusto, los feos marrones y negros del campo retrocedían aquí y allá ante los esperanzadores y frágiles verdes de la futura nueva cosecha.

Pero ella no veía nada de eso, y sólo miraba fijamente a la tierra mientras andaba, deteniéndose para inclinarse y arrancar las resistentes malas hierbas que constantemente amenazaban con sofocar los diminutos y frágiles brotes del cultivo. Si la hubieran instruido para arrancar los brotes, dejando las malas hierbas, no le habría importado ni sabría cuál era la diferencia entre una cosa y otra.

Trabajaba con rapidez, sus dedos rechonchos y cortos eran sorprendentemente gráciles en su labor. La mayoría de las hierbas las metía en una bolsa que colgaba de una cinta alrededor de su cuello, pero, de vez en cuando, se introducía en la boca algunos de los tallos más apetitosos, masticándolos hasta un tamaño digerible antes de tragárselos.

El campo era grande, a lo ancho y a lo largo, pero al menos había llegado al final del surco. Se detuvo, alzó la cabeza y

ROGER MACBRIDE ALLEN

miró, directamente al frente, a la sólida muralla de árboles y maleza que se alzaba en el mismo límite del campo. Escuchó los sonidos y olió los aromas de la jungla y los lugares silvestres.

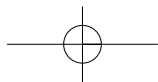
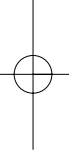
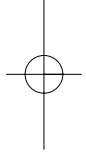
Se quedó allí, con un par de hojas de bambú que temblaban en la comisura de su boca mientras masticaba, contemplando la selva, como si buscara algo en el interior del bosque. Entonces, repentinamente, el capataz gritó. Se giró de un brinco, sobresaltada, y volvió al interior del campo, obedeciendo a la voz del hombre antes que a sus palabras.

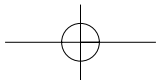
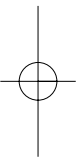
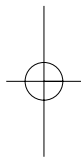
Según pasaba el día, la interminable nube de insectos parecía espesarse en torno a ella. A la mayoría los mantenía a raya moviendo los brazos, pero unos cuantos conseguían atravesar su barrera. Un mosquito aterrizó sobre su nariz chata, y ella se lo quitó de un manotazo. Otro intentó posarse en su pecho para alimentarse, pero lo que consiguió fue enredarse en la mata de pelaje hirsuto entre sus ubres. Lo aplastó sin bajar la vista y continuó con su desbroce, dejando el diminuto cuerpo del insecto aplastado contra su piel.

Encontró otra mala hierba. Se inclinó, la extrajo tirando y examinó las raíces con anhelo. Divisó una larva rosácea entre los zarcillos de las raíces. Emitiendo un apagado sonido de satisfacción, cogió la larva entre sus dedos, se la introdujo en su boca y la trituroó entre sus mandíbulas. Hoy era un día como cualquier otro.

Su mundo era muy pequeño.

NOVIEMBRE





Capítulo uno

La casa era antigua. Siete generaciones habían hollado sus pisos, a través de los tiempos de las plantaciones, de la Rebelión y la Reconstrucción, capeando expoliadores yanquis y cruces ardientes, dos guerras mundiales y la segregación y las marchas por los derechos civiles. La Casa Gowrie se erguía en su sitio desde los días del Rey Algodón, sus tierras se habían reducido en extensión de millas cuadradas a unos pocos acres según las generaciones de propietarios vendían lo que ya no querían, y su dominio de campos que se extendían hasta el horizonte se había encogido hasta unos pocos jardines de flores solemnes y decorativas.

La doctora Barbara Marchando estaba sentada al borde de una silla cubierta de polvo en el desván de la Casa Gowrie, rodeada de objetos grávidos con el peso de ese pasado repleto de acontecimientos, cosas que transmitían una sensación de *anti-güedad*.

No se podía negar que las edades pasadas lo impregnaban todo aquí. Pero, de alguna manera, se le seguía haciendo extraño el pensar en este lugar, o en *cualquier* lugar humano, como antiguo. Barbara era paleoantropóloga, una estudiante del pasado que trabajaba con milenios, con millones de años, con extensiones de tiempo tan grandes que en comparación el siglo y medio de existencia de aquella casa era insignificante; un lapso tan fugaz que no quedaba registrado en las escalas de tiempo geológico.

Y aun así, el tiempo y la historia podían sentirse, impregnando pesadamente ese lugar. Innumerables acontecimientos

ROGER MACBRIDE ALLEN

y recuerdos se enmarañaban en la telaraña de las brevísimas décadas que medían la existencia de la casa. La familia de Barbara había sido dueña de la casa durante mucho tiempo, en la escala humana. Doce décadas antes, era la *casa* la que fue dueña de su familia, hasta que el Esclavo había tomado el lugar del Amo, y de esa forma habían nacido leyendas.

Volvía a ser Acción de Gracias, y por centésima vez desde que era una niña pequeña había buscado refugiarse de la festiva y escandalosa reunión que tenía lugar abajo escabulléndose al desván. Le encantaba examinar la misteriosa amalgama de tesoros familiares y escombros, respirar la fragancia de sábanas ajadas y el olor seco y umbrío de las vigas de madera del desván cocinadas en el horno del calor pasado de tantos veranos. Quizá fuera aquí, rebuscando entre esos secretos, donde halló su vocación. Lo cierto es que siempre había amado este lugar.

Siempre que acudía aquí arriba soñaba con encontrar el premio, la joya de valor incalculable que estaba escondida en este lugar. Y ahora, cuando los últimos platos de la comida de Acción de Gracias resonaban al ser devueltos a los armarios de abajo, se decidió a buscar en el único lugar en el que jamás se había atrevido a buscar de niña: el baúl de viaje cerrado que llevaba tanto tiempo esperándola. Sabía a quién había pertenecido en su momento: las iniciales *Z.J.* estaban pintadas sobre la chapa de la cerradura, en pan de oro desteñido y polvoriento.

El baúl perteneció a Zebulon Jones en persona, su tátara-tatarabuelo, el creador de leyendas de la familia, el hombre valiente que desafió a dueños de esclavos y rebeldes, a expoliadores yanquis y al Klan.

Cuando era un joven muerto de hambre, se escapó de la plantación del Coronel Gowrie en 1850, a la edad de veinticinco años. Fue al Norte, se ganó la vida como pudo, se enseñó a sí mismo a leer y escribir mientras se las arreglaba para sobrevivir como mozo de cuadra al norte de Nueva York, hasta que finalmente fue dueño de su propio establo y de una taberna, y obtuvo el derecho al voto, para su orgullo, en 1860, justo a tiempo de ejercerlo a favor de Abraham Lincoln. Al negársele la oportunidad de unirse al ejército de la Unión, se labró su fortuna durante la Guerra criando, adquiriendo y vendiendo caballos para la caballería de la Unión.

Volvió a casa, al Misisipi, convertido en un hombre rico, justo en los días más febriles de la Reconstrucción. Mientras tanto, unos taimados nortños habían logrado llevar la Casa Gowrie a la bancarrota, y pretendían engatusar a Zebulon y aliviarlo de su dinero mediante una compleja estafa inmobiliaria, pero se encontraron con que las tornas se volvieron en su contra cuando descubrieron lo mucho que sabía de leyes su supuesta víctima.

Zeb compró la plantación de su antiguo dueño ante sus narices, y dejó claro el asunto en los tribunales. Se asentó allí para plantar nuevos cultivos y establecer su propia familia. Dos veces mató a hombres del Klan a tiros desde su pórtico, cuando vinieron a linchar al insolente chico negro y quemar su casa.

Se presentó al Congreso, ganó, y ocupó ese cargo durante dos años a principio de la década de 1870, antes de que el hombre blanco robara las urnas electorales y las promesas de la Reconstrucción a los negros que supuestamente eran ciudadanos libres y con derechos.

Zebulon Jones. La familia preservaba celosamente la herencia de ese personaje: cada hijo, nieto y tataranieto, hasta la última generación, conocía las historias y leyendas sobre Zebulon, y todos compartían en gran medida su orgullo y su tenacidad, su valor y su determinación.

Saber que el baúl había pertenecido a su tatarabuelo hacía que sus secretos fueran aún más atrayentes para Barbara. Durante toda su vida, e incluso desde antes de que naciera, el baúl había estado en el desván, con sus tesoros a buen recaudo. Durante su infancia, cada vez que sus padres venían de visita a la casa familiar, subía aquí arriba para quedarse contemplando el baúl durante horas. Y cada una de esas veces, manipulaba la resistente cerradura para comprobar si finalmente había cedido a la herrumbre y al tiempo... pero siempre seguía sólidamente cerrado.

Sin duda la llave se había perdido hacía mucho tiempo, olvidada en el cajón de una u otra tía. Cuando era niña, Barbara imaginaba los secretos que podían estar encerrados dentro del baúl, y pensaba en los arqueólogos y saqueadores de tumbas que aparecían en sus libros, abriendo la tumba del Faraón. Nunca se atrevió a forzar la cerradura.

ROGER MACBRIDE ALLEN

Pero hoy, ahora mismo, finalmente, decidió que ya tenía bastante. No sabía por qué, exactamente, pero la tentación de mirar en el interior del baúl era demasiado grande, y la presión para mantenerse alejada de él era muy débil.

Quizá fuera que seguía enfadada con su esposo, Michael, y que quería que lo pagara un pobre baúl de viaje indefenso. No hacía mucho que se habían separado, y Michael le echaba la culpa de todo a Barbara; otra de sus interminables negativas a admitir responsabilidad, lo que en realidad fue uno de los motivos principales de la separación en primer lugar. Michael estaba de vuelta en Washington, ya que tenía que cumplir su turno en el servicio de urgencias durante la mayor parte del fin de semana.

Quizá fuera que había abierto tumbas cien veces más antiguas, y su objetividad profesional al fin se había impuesto a la idea de pecado implícita en abrir el viejo baúl del tesoro familiar.

Y quizá fuera que se rebelaba silenciosamente contra sus parientes que alborotaban en el piso de abajo. Que seguían insistiendo en tratar a una persona de treinta y dos años que tenía un doctorado como si fuera una chiquilla de quince demasiado lista.

Incluso mientras se inventaba todas esas racionalizaciones, sabía que no tenían importancia alguna. Pura y simplemente, su curiosidad al fin la había vencido, y ya no era capaz de resistirse al misterio y al desafío de esta olvidada reliquia familiar.

Se levantó de la silla, alzando una nube de polvo con el movimiento. Suspirando, se limpió con la mano toda mota de polvo de su vestido verde ajustado. Era una mujer alta, esbelta y de piel oscura, de raza negra y con un rostro oval, lleno de gracia y expresividad, y con unos asombrosos ojos de color miel, enormes y encantadores. El vestido sin mangas mostraba unos brazos sorprendentemente bien musculados, gracias a las interminables horas de trabajo con pala en los yacimientos, y sus manos eran fuertes y encallecidas. Se tocó la cabellera, que llevaba cuidadosamente cortada a la altura de los hombros, preguntándose si luego tendría que utilizar el champú para eliminar el polvo que se le pegaría.

Pero eso sería luego. Rebuscó por todas partes hasta que encontró un viejo atizador de chimenea que probablemente acabó jubilado en el desván mucho antes de la Segunda Guerra Mundial. Encajó el extremo puntiagudo entre la cerradura y la madera del baúl, le dio un buen tirón al atizador y fue recompensada con un gran crujido y un sonido metálico cuando la cerradura cayó de una pieza al suelo. Aparentemente, la madera del baúl estaba en peor estado que la cerradura.

Dejó el atizador en el suelo y se arrodilló delante del baúl, agarró la tapa y la empujó con suavidad. Se resistió durante un momento, y luego se abrió sin ruido, exhalando una nubecilla de polvo que había permanecido sin ser perturbado durante generaciones. Las bisagras gimieron ligeramente, oponiendo algo de resistencia ante el movimiento desacostumbrado.

Mientras la tapa se abría, Barbara sintió media docena de emociones que aleteaban en su corazón, como una bandada de pájaros que se persiguieran los unos a los otros, pasando de uno en uno por un ventanal estrecho.

Se había sentido así muchas veces con anterioridad: en una excavación cuando al fin abrían una tumba, cuando dejaba un fósil al descubierto, cuando abría el sobre que contenía el informe de laboratorio que confirmaría o negaría su teoría. Excitación, expectación, ilusión sobre las cosas maravillosas a punto de ser descubiertas, una ligera decepción cuando la realidad mundana no era tan maravillosa como las posibilidades que ofrecía, un ligero reproche a sí misma por permitirse olvidar su objetividad científica, un esperanzado recordatorio para sí misma de que las maravillas que buscaba puede que estuvieran *todavía* esperándola si buscaba un poco más.

En el baúl no había nada fuera de lo normal y esperable: los objetos personales y las ropas viejas de un hombre anciano, posesiones que fueron guardadas con gran reverencia, recuerdos impregnados de un ligero olor a bolas de naftalina y objetos recalentados por los veranos en el desván, cosas que nadie tuvo el ánimo de tirar cuando murió el patriarca familiar. Una camisa de seda, un par de bifocales con montura de oro en una funda gastada, una sombrerera de madera lacada que contenía un canotíe de barquero, un traje gris de lana que debió ser incómodo y rasposo en los veranos del Misisipi. Una maltrecha

ROGER MACBRIDE ALLEN

pipa de mazorca de maíz, junto a otra retorcida y en su momento muy usada de madera de brezo, que seguía brillante gracias al último pulido que recibió en algún momento del siglo pasado.

Cuidadosa y lentamente, fue sacando cada objeto del interior del baúl. Debajo de la sombrerera había una pila de libros viejos. Los cogió uno a uno y hojeó las páginas. Una biblia, no una de esas grandes biblias familiares, sino el tipo de pequeño volumen de bolsillo que se podía llevar de viaje. *Historia de Dos Ciudades*, un libro hermoso con encuadernación de cuero grabada a mano e ilustrado con láminas a color, impreso en 1887. *Historia de la Raza Negra en América*, de George Washington Williams¹, 1886. *La narración de Sojourner Truth*², sin fecha de imprenta. Todos los libros tenían el aspecto manoseado que confiere el haber sido leídos y releídos. Debían ser los libros que Zebulon mantenía junto a la cabecera de su cama; los más queridos, los amigos a los que visitaba a menudo. Barbara tuvo la sensación de que era una vergüenza que estuvieran allí, amontonados junto a las demás reliquias, apolillándose en la oscuridad en vez de tener un lugar de honor en la biblioteca. Los libros, especialmente los favoritos de Zebulon, deberían ser colocados allí donde pudieran vivir, donde la familia pudiera verlos, tocarlos y leer las palabras que su antepasado había amado. Depositó *La narración de Sojourner Truth* en el suelo y volvió a mirar el interior del baúl.

Quedaba un libro en el fondo, más pequeño y más gastado que los demás. Lo cogió, examinó el lomo y la encuadernación. No tenía título por ninguna parte. Sin apenas atreverse a pensar en lo que acababa de encontrar, lo abrió, pasó una o dos páginas, y su corazón se detuvo durante un instante.

1. (1849-1891) Historiador, clérigo, político y jurista afroamericano. (N. del T.)

2. (1797-1883) Isabella Bomefree, escritora y oradora afroamericana de la causa abolicionista que nació en la esclavitud y que adoptaría el nombre de Sojourner Truth en 1843. *La narración de Sojourner Truth* es su propia biografía, compilada con la colaboración de Olive Gilbert. (N. del T.)

En la primera página, con una caligrafía cuidadosa, estaba escrito:

ZEBULON JONES
DIARIO, APUNTES Y LIBRO DE RECUERDOS
de Hechos Actuales
y
Tiempos Pasados
1891

Barbara sonrió con nerviosismo cuando leyó las palabras. *Éste* era el premio, la joya de valor incalculable. Nadie de los que vivían sabía que Zebulon había llevado un diario. *Este* libro tendría muchas historias que contar. Se llevó el libro hasta la cara, respiró su fragancia, lo abrió por la primera página de narrativa y se maravilló de lo que tenía en las manos.

Más allá de toda forma particular que tuviera uno de medir el tiempo, el libro era viejo, y rebosaba de experiencias. El tiempo había acartonado, desgastado y oscurecido las páginas. Una caligrafía precisa y angulosa desfilaba sobre la página carente de líneas con la misma confianza con que había sido escrita hacía casi un siglo, pero la tinta negra había adquirido un tono amarronado en algunos lugares. La encuadernación de cuero, ablandada por muchos años de uso, exhalaba los aromas de las décadas a las que había sobrevivido: el olor del sudor que impregnaba unas manos, un débil indicio de tabaco tras compartir un bolsillo con una pipa muy utilizada, la impresión de alcanfor y lana vieja, testimonio de que el libro había pasado muchos años en el viejo baúl con las ropas guardadas.

—¿Barbara? ¿Ya te has vuelto a meter ahí arriba? —Una voz profunda y resonante llegó desde el hueco de la escalera, rompiendo el encantamiento del momento. Perteneía a la madre de Barbara. Georgina Jones, una matriarca sólida y con los pies firmemente plantados en la tierra.

—Estoy aquí, mamá. ¿Qué pasa?

—Ya sabía yo que no te podrías mantener alejada de ese desván polvoriento en cuanto las tías empezaran a marujear. Baja ya. El partido de rugby ya se terminó y están a punto de

ROGER MACBRIDE ALLEN

servir los postres. Date prisa o te quedarás sin probar el pastel de manzana de la prima Rose.

Barbara sonrió pese a sí misma.

—Ya voy, mamá. —Volvió a dejar todo menos el diario en el baúl, bajó la tapa, encajó la cerradura de nuevo en su lugar, y devolvió el atizador al lugar donde lo había encontrado.

Descendió por las escaleras, llevándose el diario de Zebulon, hacia la reunión familiar del piso de abajo. Se detuvo en el pequeño dormitorio de la esquina que le había asignado la tía abuela Josephine, y escondió el diario en la balda superior del armario ropero. Tarde o temprano tendría que confesar el crimen de apertura con violencia de baúl que había cometido. Por otro lado, el descubrimiento del diario le serviría como una gran defensa contra las lenguas afiladas; pero quería tener la oportunidad de leer las palabras del abuelo Zeb antes que nadie. Siempre le había gustado descubrir secretos... y tener conocimiento de ellos cuando nadie más los sabía.

Pero primero venía la tarta de manzana de Rose, y los *brownies* de Clare, y el pastel de pacana de George, y tres tipos de pastel de calabaza y dos de pastel de melaza al estilo amish, y los niños que correteaban por todas partes. Los más viejos estaban sentados en sus sillones excesivamente mullidos, cómodamente cerca los unos de los otros... y cómodamente cerca de la mesa con el bufé que habían servido para la ocasión en la sala de estar (que la rama sureña de la familia insistía en llamar el vestíbulo), haciendo que sus hijos mayores les trajeran postres y café. No se trataba solamente de la comida, por supuesto. Se trataba de la familia, de la cercanía, del amor, del constante recordatorio de un pasado orgulloso y de la confianza en el futuro, y de un verdadero Acción de Gracias por un presente feliz y satisfactorio.

Barbara se puso en la cola para el bufé y consiguió la penúltima porción de la tarta de Rose, y unas generosas raciones de dos o tres más de sus favoritos, y rio y charló con todo el mundo, e incluso consiguió encontrar una silla libre en la abarrotada sala de estar. Cuando todo el mundo estuvo sentado frente a un plato a rebosar con seis tipos de postre diferentes y

con todas las dietas olvidadas hasta mañana, la tía abuela Josephine dio otro rezo, agradeciendo al Señor esta vez porque hubiera tantos seres queridos presentes en ese momento, porque los que ya habían «seguido adelante» (como lo expresó delicadamente la tía abuela Josephine) todavía siguieran siendo honrados y recordados, porque los que estaban separados por la distancia y las obligaciones estuvieran contentos y sanos (aunque Barbara tuvo un pequeño problema a la hora de considerar a su ausente y próximamente antiguo esposo Michael como «contento»).

Hubo un coro de fuertes «amenes» baptistas, y el nivel de ruido ambiental descendió súbitamente cuando todo el mundo metió la cucharilla en el plato, descubriendo que todavía tenían hueco para los postres.

Después, los hombres se dirigieron a la terraza de la Casa Gowrie a jugar al pinnacle, al bridge y al dominó a la luz del crepúsculo y de las lámparas. Unos cuantos de los jóvenes más osados se escabulleron al piso de arriba para una timba de póquer de verdad, dejando a sus primos menos atrevidos boquiabiertos de admiración. ¡Apuestas con dinero, aquí, en la casa de la Tía Josephine! Los niños salieron corriendo para irse a jugar Dios sabe dónde y las mujeres empezaron a limpiar tras la comida. Cada grupo se dirigió a su lugar y a realizar sus actividades sin que nadie dijera qué tenían que hacer, y sin que ninguna de las mujeres pusiera objeciones, por hoy, al menos, acerca de tener que fregar los platos. Era parte de la tradición esperada de la celebración, y Barbara encontró algo reconfortante el estar en compañía exclusivamente femenina, lavando y secando cuidadosamente la vajilla de gala y la cubertería de plata mientras las mujeres compartían los últimos cotilleos acerca de este o aquel pariente ausente, y jactándose de lo bien que les iba a sus hijos o nietos en la escuela. Después de fregar, las mujeres tomaron café y engulleron los últimos restos de dulces mientras hablaban alrededor de la gran mesa en la enorme cocina de Tía Josephine, que casi era una pieza de museo, una habitación que estaba exactamente igual que cuando nació Barbara.

La tarde se adentró en la noche, y Barbara se levantó sigilosamente de la mesa brillantemente iluminada, recogió su

ROGER MACBRIDE ALLEN

suéter del armario de la sala principal y salió a la tranquila oscuridad, con la risa de los jugadores de cartas débil y al mismo tiempo cercana en la fresca brisa. Caminó por el serpenteante camino de entrada para los coches que llevaba a la carretera comarcal.

Había sido un día de cielo azul claro y perfecto, pero ahora los últimos rastros de luz solar se deslizaban bajo el horizonte occidental y unas nubes aceradas acudían en tropel desde el sur, apagando las primeras estrellas de la noche en el mismo momento en que aparecían. Se oyó el retumbar distante de un trueno, un sonido extraño para una noche de noviembre. Barbara se detuvo a unos treinta metros de la casa y volvió la vista atrás por donde había venido. Era un lugar grande y viejo, y cada generación había añadido algo a la casa, haciendo que la fachada original estuviera casi sepultada bajo un siglo de remodelaciones. Hacía muchas décadas que se habían plantado unos viejos y sólidos robles para dar sombra a la casa, y ahora sus ramas superiores oscilaban hacia delante y atrás bajo la creciente fuerza del viento.

Había fantasmas en la Casa Gowrie, pensó Barbara, espíritus amistosos que enseñaban a los suyos los valores de la familia, del amor y del recuerdo. Había una fuerza y una presencia reconfortante en ese lugar.

Oyó un ruido como de aleteo y un ligero alboroto que procedía de la terraza, se volvió para ver qué pasaba y sonrió. El viento había comenzado a levantar las cartas, y los jugadores de bridge se retiraban al interior, justo en el momento en que las mujeres finalmente salían de la casa para reunirse con los hombres. Era la señal para arrastrar las mesas de juego al vestíbulo y formar nuevos cuartetos. Volvió al interior para ver si podía unirse a alguna de las partidas.

Capítulo dos

Era ya cerca de la medianoche antes de que se jugara la última partida de bridge y la gente empezaba a pensar en retirarse. Barbara regresó a su diminuto dormitorio y se cambió de ropa para acostarse.

En la pequeña habitación de la esquina de la casa había apenas espacio suficiente para un pequeño tocador, una mesilla de noche y una cama estrecha, pero todo ello no suponía ninguna molestia para Barbara: con tantos visitantes en la casa esa noche, era uno de los pocos que no tendría que compartir habitación. Ahora se percató de lo mucho que se había acostumbrado a dormir sola. Incluso antes de la reciente ruptura, durante la mayor parte de los últimos meses, Michael siempre tenía turno de noche en el hospital.

Cuando estaba en Washington, Barbara normalmente prefería ponerse algo del estilo de una vieja camiseta para acostarse, pero, por algún motivo, eso le parecía frívolo y poco digno en la casa de Zebulon Jones. Siempre llevaba un camión de cuerpo entero cuando estaba en Gowrie, y ahora, como siempre, tenía cuidado de cubrir incluso ese camión con una bata del tipo apropiado para una dama cuando iba y venía del cuarto de baño.

Unos pocos minutos después, consiguió encajarse en la estrecha cama, tras cepillarse bien los dientes y peinarse el pelo. Cuando se metió en la diminuta cama en la habitación que parecía de una casa de muñecas, con el trueno y la lluvia que se abatía súbitamente contra las ventanas haciéndolas vibrar, a la cálida luz amarilla de la lámpara de la mesilla de noche, Barba-

ROGER MACBRIDE ALLEN

ra se sintió como si volviera a ser una niña, leyendo en secreto con una linterna sus novelas de Nancy Drew bajo las sábanas después de que mamá la hubiera acostado.

Y el diario de Zebulon Jones era un secreto tan bueno como cualquier otro que hubiera descubierto jamás. Al fin a solas y sin que nadie viniera a molestarla, abrió el libro y empezó a leer mientras la lluvia se estrellaba en goterones contra los cristales.

Nací esclavo [comenzaba el libro] y pasé los primeros veinticinco años de mi vida sujeto a esa monstruosa condición. Un cuarto de siglo de una existencia en cautiverio dejó su marca evidente en el resto de mi vida, que he empleado en la búsqueda de todo aquello que se le niega a un esclavo: libertad, dignidad, educación, prosperidad, propiedad y control sobre el propio destino, la oportunidad de proveer para la familia de uno y para los míos, el tiempo para uno mismo necesario para atesorar las maravillas del mundo de Dios.

En esas empresas, creo haber tenido algún éxito. Me acerco al fin de mi vida útil, y siento que debo prepararme para el momento en que conozca a mi Hacedor. No moriré voluntariamente, porque la vida es un don precioso que nadie puede negar mientras se le ofrece. Pero me esfuerzo por ser un siervo obediente del Señor cuando Él al fin me llame a casa.

Si bien mi vida no está exenta de faltas, no ha sido tan vergonzosa como para que un Dios justo y misericordioso me niegue la entrada a su Reino. Tras una vida de batallas contra Sus enemigos: el Esclavista, los Linchadores, los Hombres del Klan y todos los demás agentes del odio, estoy en paz con Dios. He cumplido con mi deber para con Él, y para conmigo mismo. Sólo me queda relatar, lo mejor que pueda, los acontecimientos de mi vida, no como un monumento a mi persona, sino como un medio de instruir a los demás acerca de lo que un hombre puede lograr.

Con ese propósito, y con la misma advertencia de que lo que sigue no es jactancia sino un ejemplo, debo comenzar relatando las dificultades alineadas en mi contra.

HUÉRFANOS DE LA CREACIÓN

El que un hombre diga que es un esclavo, el que diga que se le ha negado un derecho o que ha sido tratado de manera inhumana porque es un negro, es decir tanto en tan pocas palabras que al final no se ha dicho nada.

Nacer esclavo en Misisipi en el año de Nuestro Señor de 1824 o 1825 (confieso que nunca he sabido la fecha exacta de mi propio nacimiento) significaba no sólo nacer en la ignorancia y la pobreza, sino en una ignorancia y pobreza impuestas y despiadadamente mantenidas mediante las leyes, la violencia, el asesinato y el terror; impuestas por la separación de familias a la fuerza, impuestas por los miedos al Amo y las mentiras que se le contaban al Esclavo.

Pasé mi niñez durmiendo sobre una pila de harapos sucios en una chabola de suelo de tierra, bebiendo y comiendo en copas de latón y cuencos de madera, sin usar nunca cuchara o tenedor, sino comiendo con las manos, sin saber leer ni escribir, e incluso ignorante de que existían tales habilidades. No tuve compañeros de juegos, porque trabajábamos en los campos de algodón, y no hubo juegos desde el momento en que pude tenerme en pie y hablar, sino interminables labores.

De niño, fui azotado salvajemente en muchas ocasiones, por faltas tan graves como reírme, tener miedo o no ser capaz de levantar una bala de algodón tan grande como yo mismo. Y sin embargo nunca fui azotado con furia, sino que siempre lo fui de una manera estudiada, metódica y científica, calculada con precisión para producir los resultados deseados, de la misma manera que un herrero podría martillar una herradura sobre el yunque, sometiendo el hierro a su voluntad sin furia ni emoción, sin pensar en que el metal sobre el que trabajaba pudiera sentir dolor, miedo o necesidad.

Creo que hubiera preferido haber sido azotado con furia. Mejor el castigo airado de un amo enfurecido que un hombre forjando metódicamente una herramienta para que se ajuste a sus necesidades. No era sólo en la forma en que nos azotaban, sino también en la que nos alimentaban, nos alojaban y nos vestían, que nuestros anti-

ROGER MACBRIDE ALLEN

guos amos nos trataban no como hombres y mujeres, ni siquiera como criaturas carentes de razón, sino como objetos, como herramientas a usar, remendar si parecía que valía la pena, y descartar sin preocuparse ni dedicarles un pensamiento.

Aun así, creo que cuando llegó la Guerra, y la Emancipación, y con ellas el fin de la «Institución Peculiar», la esclavitud se habría cobrado más en el amo que en el esclavo. Al amo, le había costado su alma.

Qué lisiada debe quedar el alma de un niño blanco cuando es criado, formado y enseñado a creer que un ser humano puede ser menos que un animal. Qué vil es obligarse a uno mismo a creer que el dolor que infligió no doió en realidad, que su crueldad estaba justificada. Qué maligno es aprender, y luego enseñar a otros, las técnicas para despojar a otro ser humano de toda dignidad.

Qué horrible saber en el último rincón de la mente de uno que toda tu riqueza, toda la paz y prosperidad que disfrutas, están cimentadas en la sangre, en el látigo, en la barbarie cuidadosamente oculta bajo una compleja fachada de cortesía y buena sociedad. La culpa pende como una pesada mortaja fúnebre sobre las plantaciones del hombre blanco.

Quizá sea por lástima, entonces, y por extraño que pueda parecer, que si bien todos los esclavos odiaban a su servidumbre, pocos de ellos odiaban a sus amos, e incluso después de la Emancipación muchos antiguos esclavos optaron por seguir al servicio de sus antiguos dueños, dueños que en su mayoría habían quedado reducidos en fortuna debido a las privaciones de la guerra.

Hasta el día de hoy, recuerdo a mi propio amo, el coronel Ambrose Gowrie, con un afecto forzado, mudo, avergonzado y no exento de un cierto odio. Ningún esclavo de su casa sufrió el látigo del coronel directamente, y su presencia bastaba para mitigar la severidad de un azote. Si la esclavitud degradaba y embrutecía al hombre blanco, entonces el coronel Gowrie estaba mucho menos contaminado de lo debido. Retenía más de su humanidad de lo que por derecho debería.

Quizá sea por eso que lo odio incluso mientras lo recuerdo con afecto. El dueño de una mente inquisitiva, abierta y brillante como la suya no debería haberse cerrado tanto ante la evidencia de sus propios sentidos. A diferencia de muchos blancos dentro y fuera de la ciudad, no podía alegar ignorancia o estupidez como justificación de sus creencias y acciones. Él, entre todos los amos de esclavos, debería haberse percatado de que el negro era un hombre y un hermano. Pero, de todos ellos, ninguno estaba más seguro de la inferioridad del negro como él. Era un bárbaro, seguro de que sus propios viles prejuicios eran la palabra y la ley de Dios.

Llegaré hasta aquí y no más escribiré acerca de las condiciones generales de mi origen. Mucho se ha escrito ya por manos más hábiles que las mías que provienen de circunstancias similares, y en vano intentaría mejorar tales relatos.

En su lugar, relataré las experiencias únicas de mi vida, que creo que no tienen precedente en la escritura, ya que he sido muchas más cosas que un esclavo, y he hecho muchas más cosas que embalar algodón.

Barbara sonrió al leer ese pasaje, y cerró el libro durante un momento. Impulsivamente, retiró las sábanas, salió de la cama, se calzó las zapatillas, se puso la bata y salió al pasillo del piso superior, llevándose el libro con ella. Todavía recordaba el conocimiento secreto de la casa de cuando era niña, el legado de las muchas veces que se había escabullido con sus primos al piso de abajo en medio de la noche. Sabía moverse en el interior de la casa a oscuras, sabía qué tablas del suelo crujían, sabía cuál era la forma más silenciosa y segura de bajar sin despertar a los adultos. Sin otra luz que el lejano destello de los relámpagos, descendió al piso inferior por las antiguas escaleras del servicio. Zebulon en persona debió pisar esos escalones, en los días de antaño antes de que comprara la casa al coronel Gowrie.

Abrió la puerta que había al final de las escaleras y se encontró en la cocina, inmaculadamente limpia pese a todo el trajín de platos y comensales del día. Atravesó la puerta que daba

ROGER MACBRIDE ALLEN

al comedor, salió al recibidor y pasó por la amplia entrada a la sala de estar delantera.

Ahí estaba el retrato, sobre la repisa de la chimenea, apenas vislumbrado a la luz de la tormenta. Le dio al interruptor de la pared y la oscuridad retrocedió frente a la cálida luz amarilla.

Caminó hasta el centro de la habitación y contempló el rostro de Zebulon, una cara hermosa, fuerte y de piel oscura, solemne sin parecer engolada. El retrato había sido pintado cuando Zebulon ya tenía una edad avanzada; su densa melena era del color de la nieve, el rostro mostraba las señales de la vida y de la madurez. Vestía de levita y chaleco, que mostraban una figura todavía esbelta y vigorosa. Su mano derecha agarraba la solapa de su traje mientras la izquierda sostenía un libro. El artista había capturado bien el poder y la gracilidad de esas manos endurecidas por el trabajo y de largos dedos. Ése era el hombre.

Se acercó y tocó el marco, el borde del retrato, luego se volvió y se sentó en el antiguo y rígido sofá con patas y continuó leyendo en presencia de la imagen del autor. Abrió el diario, pasó las páginas al azar hacia delante y atrás, y aquí y allá palabras sueltas llamaban su atención cuando las frases revoloteaban ante sus ojos. *El incendio en el campo de algodón ardió durante dos terribles días... Aunque Gowrie se enorgullecía de no separar a marido y esposa esclavos, no tenía la misma consideración acerca de vender a sus hijos... Tenía ya doce años cuando me calcé por primera vez un par de zapatos, y esos zapatos eran unos zuecos de madera bastos y astillados que otro había tirado... ciertas criaturas de extraño aspecto aparecieron en la plantación Gowrie...* Barbara se detuvo al fin, frunció el ceño y volvió a leer. ¿Criaturas? Empezó a leer desde el principio del pasaje.

...Uno de los episodios más extraños de mi vida como esclavo comenzó en lo que ahora supongo que sería el verano de 1850 o 1851 (en ese entonces ignoraba casi por completo las fechas y los calendarios). Fue entonces cuando ciertas criaturas de extraño aspecto aparecieron en la plantación Gowrie, supuestamente traídas como un nuevo tipo de esclavos.